

DESDE 8 AÑOS

ALFAGUARA INFANTIL

El Superzorro

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake

Roald Dahl, uno de los autores más queridos y leídos, sitúa la acción de este relato en un idílico escenario campestre. Un valle, tres granjas, tres malvados granjeros y un bosque... Y en él, don Zorro, quien, con gran astucia, será capaz de enfrentarse con éxito a los vicios y malas costumbres de algunos humanos.

El 10% de los derechos de autor generados por la venta de este libro se donará a las organizaciones benéficas de Roald Dahl.
(Más información en el interior.)

www.



ALI BIBLIOTECA
ROALD DAHL
INFANTIL

820 - DAH - sup



000908B

7 100460 440701

El Superzorro

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake



Las obras de Roald Dahl
no sólo ofrecen historias apasionantes...

Un 10% de los derechos de autor* de este libro se destina a financiar la labor de las organizaciones benéficas de Roald Dahl.



La Roald Dahl Foundation cuenta, por todo el Reino Unido, con enfermeros especializados en pediatría que atienden a niños con epilepsia, desórdenes sanguíneos y daño cerebral adquirido. La Fundación también proporciona ayuda económica a niños y jóvenes con problemas hematológicos, neurológicos y de alfabetización —cuestiones todas ellas cercanas a Roald Dahl a lo largo de su vida— por medio de donaciones destinadas a hospitales e instituciones benéficas del Reino Unido, así como a los propios niños y sus familias.



El Roald Dahl Museum and Story Centre tiene su sede en Great Missenden, localidad de Buckinghamshire cercana a Londres donde Roald Dahl residió y escribió muchas de sus obras. El museo, cuya intención es fomentar el amor por la lectura y la escritura, alberga el archivo único de cartas y manuscritos del autor. Además de dos galerías biográficas que ofrecen grandes dosis de diversión, el museo cuenta con un centro de relatos interactivo donde familias, profesores y alumnos pueden explorar el emocionante mundo de la creatividad literaria.

www.roalddahlfoundation.org
www.roalddahlmuseum.org

Roald Dahl Foundation (RDF) es una organización benéfica registrada. Número 1004230.

Roald Dahl Museum and Story Centre (RDMSC) es una organización benéfica registrada. Número 1085853.

Roald Dahl Charitable Trust, organización benéfica recientemente establecida, apoya la labor de RDF y RDMSC.

* Los derechos de autor donados son netos de comisiones



ALFAGUARA INFANTIL

www.alfaguarainfantilyjuvenil.com

ALFAGUARA

www.alfaguarainfantilyjuvenil.com

Título original: *FANTASTIC MR. FOX*

© Del texto: 1970, ROALD DAHL

www.roalddahl.com

© De las ilustraciones: 1983, QUENTIN BLAKE

© De esta edición:

2007, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

Ediciones Santillana, S.A. Leandro N. Alem 720
C1001AAP - Ciudad de Buenos Aires. Argentina

Editorial Santillana, S. A. de C.V.
Avda. Universidad, 767. Col. Del Valle,
México D.F. C.P. 03100

Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Calle 80, n° 10-23. Bogotá-Colombia

ISBN: 978-84-204-4896-1

Printed in Mexico - Impreso en México

Quincuagésima primera edición: noviembre 2007

Diseño de la colección
MANUEL ESTRADA

Editora
MARTA HIGUERAS DÍEZ

Maquetación
DAVID RICO

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública y transformación de esta obra
sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad
intelectual. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad
intelectual (arts. 270 y sgts. del Código Penal).

El Superzorro

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake



ALFAGUARA

Para Olivia

Los tres granjeros

Había una vez un valle... y en el valle, tres granjas, y en las granjas, tres granjeros. Tres granjeros bastante feos, por cierto. Y además, antipáticos. Más feos y más antipáticos que Satanás. Se llamaban Benito, Buñuelo y Bufón.

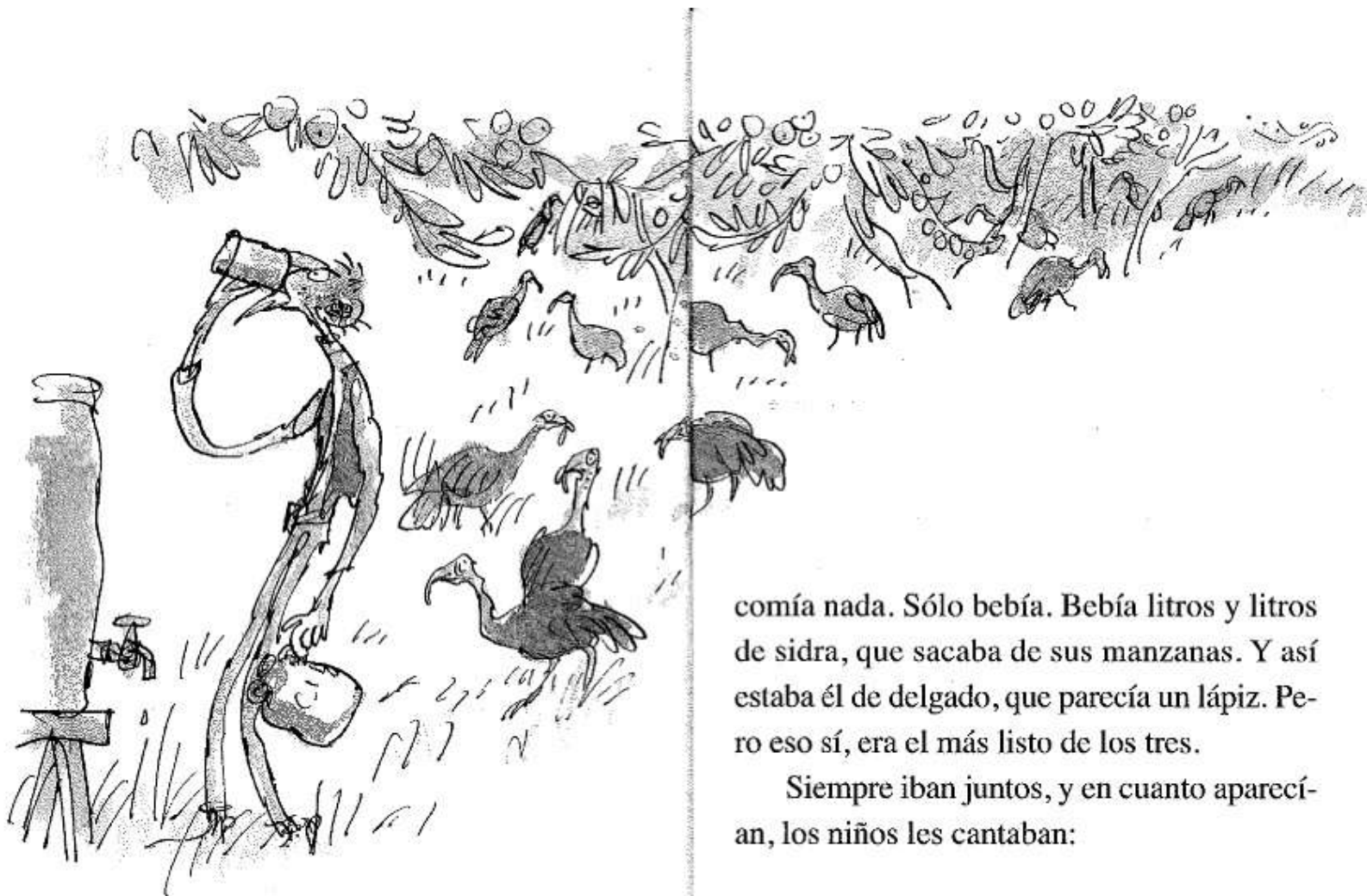




Bufón tenía pollos en su granja avícola, cientos y cientos de pollos. Bufón era gordo como un tonel, de tanto comer pollo a todas horas: de desayuno, pollo; de comida, pollo; de cena... pollo con patatas.

Buñuelo se dedicaba a los patos. Patos y gansos, a miles. Era tripón y bajito, tan bajito que parecía enano. Se alimentaba de donuts y de hígado de pato. Primero chafaba el hígado hasta que se hacía pasta y después metía la pasta en el donut. Esta porquería le daba dolor de barriga y se ponía de un humor que no había quien lo aguantara.





Benito se dedicaba por igual a los pavos y a las manzanas. Y os lo podéis imaginar criando miles de pavos, a la sombra de sus enormes manzanos. A éste lo que le pasaba es que no

comía nada. Sólo bebía. Bebía litros y litros de sidra, que sacaba de sus manzanas. Y así estaba él de delgado, que parecía un lápiz. Pero eso sí, era el más listo de los tres.

Siempre iban juntos, y en cuanto aparecían, los niños les cantaban:

*Benito, Buñuelo, Bufón.
Flaquito, pequeño, tripón.
Tres grandes bribones,
sois unos ladrones
y tenéis todos mal corazón.*



Don Zorro

Y encima del valle había un bosque... y en el bosque, un árbol enorme, y en el árbol, un agujero, una madriguera, que era el hogar de don Zorro, doña Zorra y sus cuatro zorritos.

Y cada tarde, al oscurecer, le decía el señor zorro a su señora zorrита:

—¿Y qué le apetece hoy a mi zorrítita? ¿Un sabroso pollo de los que cría Bufón? ¿O quizás un tierno patito de casa Buñuelo? ¿No sería mejor un buen pavo de los de Benito? Píde por esa boquita.

16

Y la zorrita pedía, y don Zorro se internaba en la espesura del bosque, en busca del botín.

Pronto se enteraron los tres granjeros de las fechorías de este zorro y antes de que les robara más animales, decidieron ir a por él. Cada noche se escondía uno de ellos en algún sitio oscuro de su granja, para poder pegarle un tiro en cuanto asomara la cabeza.

Pero don Zorro era demasiado listo para ellos. Sólo se acercaba a la granja si el viento soplabá de cara y así, en cuanto olía a algún granjero, daba media vuelta y se marchaba. Se marchaba a la granja del otro granjero, que dormía tranquilamente en su cama. A la mañana siguiente, los tres estaban furiosos:

—¡Hay que matar a este maldito bicho!
—decía Benito.

—¡En cuanto lo agarre, le retuerzo el pescuezo! —decía Bufón.

17

—¡Y yo le saco los hígados! —decía Buñuelo.

—Pero ¿cómo demonios le podemos agarrar, si es más listo que Lepe? —se preguntaba Bufón.

Benito, que en aquellos momentos se estaba hurgando en la nariz con disimulo, exclamó:

—¡Tengo una idea!

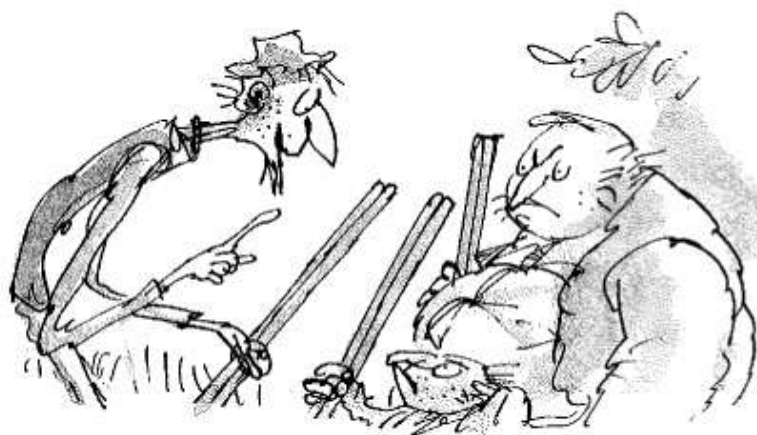
—Me extraña —le contestó Buñuelo, de muy mal humor.

—Calla la boca y escúchame —le dijo Benito—. Mañana por la noche nos esconderemos en el bosque, junto al árbol donde vive el zorro y en cuanto asome... cuatro tiros y listo.

—Muy inteligente —contestó Bufón. —Lástima que no tengamos las señas del tal señor zorro...

—Te equivocas, mi querido Bufón —le contestó Benito—. Yo sí las tengo... Escú-

chadme: en el bosque hay un gran árbol, y en el árbol hay un agujero, y en el agujero, una madriguera, y en la madriguera...



La caza

Cariño —le dijo don Zorro a su señora—, ¿qué quieres para cenar?

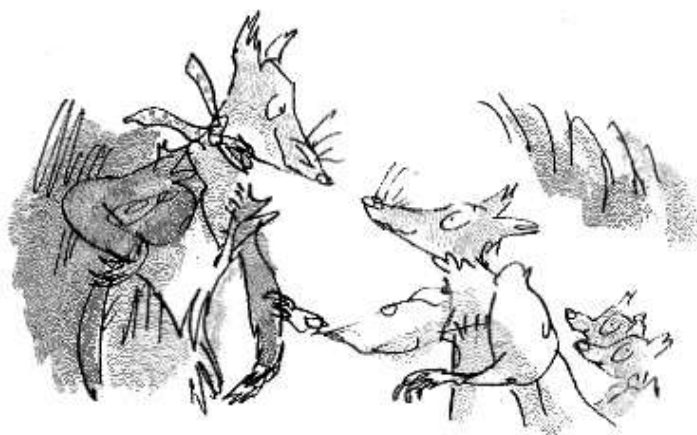
—¡Hm...hm... se me antoja un buen pato! —le contestó ella—. O mejor dos, uno para mí y otro para los niños.

—Como tú digas, amor, —dijo don Zorro, —«¡serán de lo mejorcito de Buñuelo!

—Ten mucho cuidado, corazón —le advirtió la zorra.

—Pero, encanto, ¿no ves que con estas narices que tengo a mí no se me escapa nadie? Además, cada uno de esos bribones tiene un olorcillo muy particular... Bufón hue-

le a piel de pollo, pero piel de pollo podrida... Buñuelo, a hígado de ganso... Y en cuanto a Benito, ése apesta a sidra fermentada...



—Está bien, está bien —dijo doña Zorra—, pero sobre todo, no te descuides... Ya sabes que te estarán esperando.

—Adiós amor —dijo el buen zorro—, hasta pronto.

Poco se podía imaginar el astuto zorro que en aquellos precisos momentos los tres granjeros se acercaban al agujero de su madriguera, cada uno con una escopeta cargada de car-

tuchos. Y tenían además la suerte de que el viento soplaba hacia ellos, de forma que el zorro no podía olerlos al salir de su escondrijo. El pobre zorro, sin sospechar nada, se dirigió hacia el largo túnel oscuro que conducía a la salida de su madriguera. Una vez al final, sacó su hermosa cabeza por el agujero del árbol y aspiró el fresco aire de la noche.

Nada, ni rastro de olor. Lentamente, empezó a sacar el cuerpo de dentro del agujero. Al salir, movía su cabeza, olfateando en todas direcciones. Se disponía ya a dirigirse hacia la espesura del bosque cuando le pareció oír un ruido muy leve, parecido al que podría hacer el pie de un hombre al pisar sin querer un montón de hojas secas.

Al oírlo, don Zorro echó cuerpo a tierra y se quedó completamente inmóvil, alargando sus grandes orejas. Escuchaba con gran atención, pero no pudo oír nada más. «Debo de haberme equivocado», pensó entonces, «ese

ruido lo debe de haber provocado algún ratón campestre o algún otro bicho parecido.»

Y decidió proseguir su camino. El bosque estaba oscuro, y el silencio de la noche era denso, no se oía ni el ruido de una hoja. En el cielo brillaba la redonda luna...



Y justamente en ese momento, sus ojos vieron en la oscuridad de la noche el reflejo metálico de algo que relucía entre los árboles. De nuevo, el zorro se quedó inmóvil. «¿Qué demonios puede ser?», pensaba el raposo, «es algo que se mueve... y ahora sube hacia mi... ¡cielo santo! ¡Es el cañón de una escopeta!». Más veloz que el rayo, don Zorro dio un salto hacia su agujero, al tiempo que todo el bos-

que se llenaba del ensordecedor ruido de los disparos: ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

El humo y el olor de la pólvora flotaban en el aire de la noche. Los tres granjeros, Benito, Buñuelo y Bufón, salieron de sus escondites y se dirigieron al árbol del zorro.

—Pero bueno, ¿le hemos dado o no le hemos dado? —dijo Benito.

Bufón iluminó con su linterna el agujero y allí en el suelo, sucia y cubierta de sangre, vieron... la cola del zorro. Benito la recogió del suelo y exclamó:

—¡Maldita sea! ¡Cogimos la cola pero no el zorro!

—¡Rayos y centellas! —gritó Bufón—, disparamos demasiado tarde. Debimos haberle atizado en cuanto sacó la cabeza.

—Y me parece que no tendrá ninguna prisa en volverla a sacar —concluyó Buñuelo.

—Por lo menos tardará tres días en volver a salir —dijo Benito mientras se tomaba



un trago de sidra—. No volverá a asomar hasta que se muera de hambre y yo, desde luego, no espero a que a don Zorro le entre el apetito. Propongo que le saquemos cavando con nuestras palas.

—De acuerdo —dijo Bufón—, seguro que si nos lo proponemos le sacamos en un par de horas. ¡De aquí no escapa!

—A lo mejor tiene a toda su familia en este agujero —dijo Buñuelo.

—Mejor —exclamó Benito—. Así los mataremos a todos. Vamos a por las palas.

